

La Voz de Gerona

Escolapia, 2. - 2.º *Periodico defensor de los intereses rurales y materiales de esta provincia. Publicar a todos los domingos.*
NO ESTA AFILIADO A NINGUN PARTIDO POLITICO

Annual, 8 ptas.
 Semestral, . . . 4 "
 Trimestral . . . 2 "
 0'15 ptas. número

Año XI.

Gerona 19 de Agosto de 1928

Núm. 468

“CAMBÓ”

Este es el título de un nuevo libro de José Plá, y aunque todo en aquél tiende a la glorificación del conocido político catalán, no puede ni el mismo autor sustraerse a la animadversión espiritual, honda e intensa, que nos produce el título.

Consecuencia de la concepción fálica que nos recuerda, o deducción moralmente lógica de la ética política de Cambó, es lo cierto, que su nombre aun en la misma Cataluña, suena en los oídos con el escalofrío del nombre de reptil para el temperamento infantil y supersticioso de los gitanos.

El catalanismo está en crisis, pero crisis civil, porque su civilidad es precisamente el primer valor del catalanismo ridículamente en ruinas. Del movimiento político sentimental que tal nombre lleva, no quedan otras manifestaciones externas que el reinado de la «dulce lengua» bajo los pulpitos de las iglesias rurales, triste herencia de los tiempos del obispo Morgades, y la inofensiva sardana en las plazas públicas.

Pero así y todo ha surgido un libro, como surgen de otras plumas que no son la de Plá y como surgen en otras manifestaciones de la política española y para los que la censura parece tener una mayor benevolencia, pronto advertida al instinto sutil y oportunista de políticos y escritores catalanes.

El libro, más que una biografía de Cambó, es un resumen de los acontecimientos nacionalistas catalanes en los últimos años y como el autor se remonta a los tiempos en que Cambó empezó a actuar en política desde el «Centre d'Estudis Catalans», de ahí que resulte a la par con toda detención estudiada la actuación pública de Cambó y hasta ciertos aspectos de su vida íntima que no dejan de tener significación y relieve en el análisis de una vida que fuera muy conveniente dibujar de una vez para siempre con caracteres tan definidos y concretos, que en lo sucesivo no pudiese por más tiempo mantener un equívoco funesto.

Perque, la vida y actuación de Cambó, son eso: el equívoco.

En España, sin duda por la hon-

da crisis de hombres públicos que merecen con exactitud el calificativo de estadistas, se aceptan con imperdonable ligereza como valores indiscutibles, los que en otros países de recias ideologías políticas no pasarían como buenos ni en las concejallas rurales; y de ahí que Cambó, en Cataluña y fuera de Cataluña, sea considerado como lo que realmente no fué nunca.

Su austeridad no es por cierto la de un Plá y Margall; su cultura, no es la de un Suñol, compañero de sus iniciaciones de las andanzas catalanistas; su verbo no admite comparación con ninguno de los modernos oradores de nuestros tiempos: ni es un Maura, ni aun un Lerroux.

Si España hubiese atravesado por los momentos de convulsión agónica de Francia ¿hubiese podido ser un Clemenceau? En momentos de reconstitución nacional y económica ¿hubiese podido ser un Poincaré? ¿Para delicadas cuestiones de tacto y discreción internacional, un Stressemann? Y aun en la esfera de sus ideales nacionalistas ¿hubiese nunca llegado al espíritu de abnegación y sacrificio de los «líders» irlandeses?

Indiscutiblemente, no. Desde la primera alianza de Cambó con su madre — de que nos habla el libro de Plá—para ponerse frente al padre y convencerle de que el «noy» ha de ser abogado y no simplemente el «hereu» sin carrera o con la de farmacéutico (¡oh talento del padre de Cambó que lo dedicaba a hacer píldoras!), a las últimas alianzas del político catalán para ser ministro de la España centralista de sus diatribas, es siempre el mismo.

Su situación sigue una línea recta, cierto; pero una recta en cuyo fin pone Cambó el logro de ambiciones puramente personales, sin radiación, sin germen prolífico alguno en beneficio de la colectividad, de la cosa común. Todas las fuerzas de su intelecto y de su espíritu, podríamos llamarlas «centrípetas» y no «centrífugas» en este hombre tan esterilmente discutido y tan innecesariamente tomado en serio.

Recuerda Plá en su libro, como éxito inicial de la vida política de Cambó, su discurso ante el Rey, siendo concejal en el año 1903.

Por los elementos no afectos a

la Monarquía, se había tomado el acuerdo de mantener una prudente abstención en todo lo referente a la visita del Rey a la ciudad de Barcelona.

En hombres que constantemente habían tenido como credo de sus ideales políticos, el no comulgar en los principios que políticamente una Monarquía representa, eso parecía decoroso. No existe compatibilidad entre la injuria y el acatamiento; entre la insidia y la lealtad; no es posible proferir una ofensa entre las masas que se conquistan e inclinar después la rodilla y la espina dorsal dispuesta a todo servilismo.

Los que mantuvieron la abstención eran más caballeros, más lógicos.

Pues bien: Cambó no se abstiene. Precisándole en su camino rectilíneo, para el logro de sus personales ambiciones, la exhibición de su persona y el pregón de su nombre, acude ante el Rey, pronunciando aquél célebre discurso (que copia Plá en su libro) descortés y pedante que produce en las filas del regionalismo catalán la escisión de los señores Suñol, Carner y Lluhi Rissech.

Cambó, como tantos otros catalanes—con más propiedad: catalanistas—se ha pasado la vida haciendo de las injurias su arma política, que eso son, pese a todas las habilidades, mucho de lo que se ha escrito y mucho de lo que se ha dicho. Pero... eso no ha sido obstáculo jamás para ningún catalán, que ha tenido como suprema ambición y soñado anhelo pasar, cuando ha podido, por un madrileño más. Ors y Margarita Xirgu, sirvan de ejemplo.

Y así Cambó pudo ser ministro, vivir en Madrid y montar en la capital de España un tinglado político sucursal de la entonces «acreditada Lliga».

Esto no obstante — y lo recuerda también Plá en su libro, con no muy sana intención por cierto—decía ya «La Veu de Catalunya» en 1899: «Los políticos de Madrid si se miran con cierto detenimiento, tienen el uno al otro tanta semejanza, que pronto se vé desaparecer lo que en ellos hay de accidental, lo que pueden tener de carlista o republicano, de conservador o liberal, para no encontrar más que el castellano de siempre, al admira-

dor de aquél Cid, que es el tipo más acabado de su raza, el entusiasta de la obra que iniciaron los Reyes Católicos, el que mira con veneración a Felipe V. y a las Cortes de Cádiz».

Si los actos de los imbéciles pudiesen ser punibles, los que han repetido eso mil veces, tendrían que haber sufrido los rigores de la ley. Pero el que nació epiléptico o imbecil ¿qué culpa tiene de su analfabatismo?

Para ellos no ha escrito Ortega y Gasset: «Pero esta tierra—Castilla—que hoy podría comprarse por treinta dineros ha producido un poema, el «Myo Cid», que allá en el fin de los tiempos, cuando venga la liquidación del planeta, no podrá pagarse con todo el dinero del mundo... «Pero todos los que hablais español desde la cuna, habeis leído este cantar, ¿no es cierto? Cuando llevamos dentro sus recios versos heroicos, nuestro peso moral aumenta».

Pero es verdad: El Cid que puede dialogar con el labriego castellano, difícilmente soportaría el erupción de un tendero suscrito a «La Veu de Catalunya». Aquél y éste están tan lejos, como lo está el mar de convertirse en montaña.

Y si como dijo el mismo Ortega y Gasset, la Edad Media es la Edad en que se habla hasta demasiado del honor y en ella las relaciones de los hombres descansaban en el principio de la fidelidad, radicando a su vez en el del honor, comprendemos como hay gentes que les inquieta en demasía la historia pretérita de la Patria.

ANDRÉS SIERRA VALVERDE

En estos momentos en que un amigo del Sr. Cambó ha publicado un libro cuya finalidad es la «glorificación» del hombre del Banco de Barcelona, del hombre tan conocido por una actuación política que no es ciertamente plausible, estimamos que interesará a nuestros lectores el artículo debido al ilustre abogado del Colegio de Barcelona, don Andrés Sierra Valverde, hombre conocedor de la psicología de los «lligueros».

